



Fig. No. 305.- Ai Apaec tomando forma de yuca (Manihot Aipi) para representar el reino vegetal.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (076-004-007)



Fig. No. 306.- Ai Apaec cruza los espacios sobre la espalda de un ave.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (075-004-001)

perfectamente plasmada en este arte. Más tarde lo observamos convertido en barquillo o en un cangrejo, (Figs. Nos. 307 y 308) con el fin de penetrar en el mar, donde traba lucha con los genios malignos (Figs. Nos. 309 a 314) que infestaban las profundidades y a quienes, sin duda, acechaba en todo momento. Acaso a estos seres malignos se les achacaba los extraños fenómenos que se producen en el océano. Frecuentísimas son estas representaciones que se vislumbran mejor en la pictografía, como se apreciará en la que aparece en la figura No. 315. El poder acuífero de Ai Apaec no solamente se refiere a los mares; también se convierte en camarón de agua dulce para penetrar en las lagunas y ríos, donde lo encontramos dedicado a la caza de animales propios de dichos lugares (Fig. No. 316). En la figura No. 317 volvemos a encontrar a esta divinidad brotando del corazón de las montañas, rodeada de enormes serpientes, ofreciéndose como el alma majestuosa de éstas e irradiando fenómenos extraños y sublimes, y, además, como el dominador y creador de la grandeza de las montañas.

Separándonos de la naturaleza animal y mineral, volvemos a encontrar al mismo ser confundido entre las multitudes, desempeñando trabajos comunes y vulgares en la superficialidad, pero que entrañan por sí solos un profundo sentido. Así, cuando lo descubrimos sembrando (Fig. No. 318), comprenderemos la presencia divina de esta faena laboriosa, tendiente a conseguir el sustento por el cultivo esmerado de la tierra. Cuando lo hallamos afanado en desgranar maíz, comprendemos la presencia divina en todo trabajo humano, expresada también cuando nos encontramos con el mismo ser convertido en pescador, manejando con suma destreza el ancestral caballito de totora y soltando sus enormes anzuelos, o bien dedicado a la cacería de venados, aves y demás (Figs. Nos. 319 a 322); llevando para esto sus estólicas y dardos (Fig. No. 323). Más tarde, advertimos su presencia confundido entre las peñas, donde se dedica al sacrificio de personas que son despeñadas desde las cumbres (Fig. No. 324) o bien avizorando simplemente desde ellas los llanos (Fig. No. 325). En las lides de guerra también se nos muestra como gran director, uniformado y armado al igual que los jefes. Es decir, que en todo momento y en toda circunstancia está presente y tomando parte activa. Ya es, pues, el poder vegetativo, la

majestuosidad de las montañas, el dominio de la fuerza y el poder de los mares, ríos y lagos; el poder aéreo, el mentor del trabajo y de la justicia, el ejemplo de la veneración al ser supremo, el sancionador sobre todas las cosas terrenales. Se le depara una vida tan real y humana que revela plenamente el convencimiento a que llegó el mochica, como ya lo dijimos varias veces, de la influencia divina en todas las cosas. Más se acerca a la humanidad cuando lo descubrimos en plena función generativa, entregado al coito con una mujer terrenal (Figs. Nos. 326 a 328).

Pero no se crea que Ai Apaec interviene tan sólo en las escenas de trabajo, lucha y demás a las que hemos aludido; también lo hallamos confundido en una vida mundana y en una existencia de oración.

Su vida mundana la demuestran las diferentes escenas pictográficas y escultóricas que nos lo presentan libando la favorita chicha en compañía de sus inseparables amigos. Su vida de oración se halla bien especificada. En la figura No. 329, donde aparece sentado con las manos juntas implorando mercedes al ser supremo omnipotente, acción que se aprecia con mayor justeza y claridad en la ilustración de la lámina No. 330, donde implora, desesperado por su salvación, por la venenosa picadura de un miriópodo que está a su alrededor mientras que la curandera divina, simbolizada por una lechuza antropomorfizada, le está aplicando los remedios necesarios. En una nube densa y negra que se revuelve frente al adoratorio, aparece brillante la cara del felino, fiera y sublime, acaso en una revelación de asequibilidad a los ruegos de su representante en la tierra.

En muchas de las escenas habrá advertido el lector que esta divinidad se presenta acompañada de algunos personajes que se repiten a menudo en otras y que tienen atributos que los hacen propios de una esfera divina. A este respecto, hemos podido identificar como compañeros fieles y ayudantes de Ai Apaec, que le auxilian en todo momento y le acompañan en sus grandezas y hasta en sus desgracias, a los siguientes: la lagartija, las aves (en número variable) y el perro. Presentaremos, por tanto, primero, a estos personajes, para entrar después a la descripción completa de las más importantes escenas de Ai Apaec, que no puede pasar inadvertida en este estudio.

La lagartija (Fig. No. 331) se presenta ataviada con la indumentaria de un alto jefe que sirve a la divinidad en



Fig. No. 307.- Ai Apaec convertido en barquillo, en lucha titánica con el cangrejo antropomorfizado, representante del demonio de los mares.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (079-005-011)



Fig. No. 308.- Encarnación de la divinidad en el cangrejo de mar.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (075-005-007)



Fig. No. 309.- El demonio cangrejo antropomorfizado.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (2507)

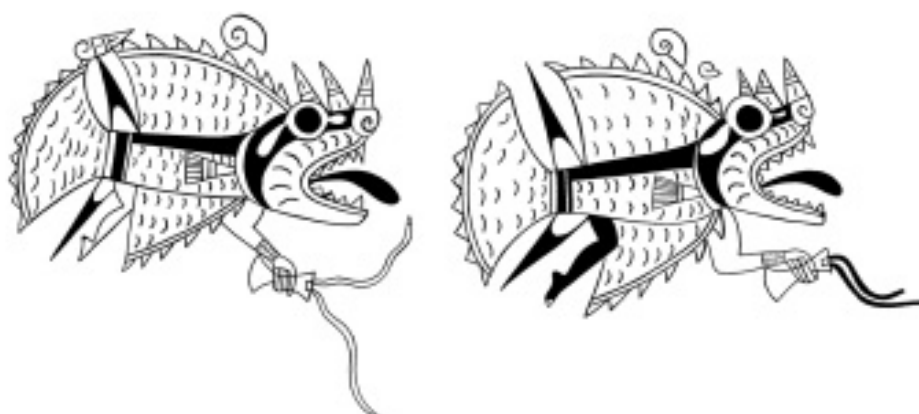


Fig. No. 310.- Pictografía que nos presenta al pez antropomorfizado, demonio de los mares.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (2564)



Fig. No. 311.- Pez antropomorfizado, demonio de los mares.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera



Fig. No. 312.- Escena de la lucha entre Ai Apaec y el cangrejo antropomorfizado.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (079-006-001)